

fuego a estas últimas, las cuales arden, pero no propagan el fuego a las decoraciones; una tira ignífuga da a medias sólo arde por la parte sin preparar, cortándose el fuego al llegar a la zona protegida.

4.º Se llena el escenario de materiales combustibles sin ignífugar, se abre la abertura del techo y la embocadura se tapa totalmente con un *bastidor recubierto de tela ignífuga*; se da fuego por detrás, y las llamas salen por el techo; el telón de boca queda tan sólo ligeramente ennegrecido por el centro.

5.º Se repite el experimento anterior con la abertura del techo cerrada; en la embocadura, el bastidor forrado de dos telas ignífugas se apoya contra la pared del frente; al dar fuego, el brusco tiro; que ahora se dirige a la embocadura, derriba el bastidor; en pleno fuego, se coloca de nuevo, obturando la embocadura y sujetándola ligeramente por el exterior; se ven las llamas atacar sin cesar al telón de boca, pero a poco el fuego languidece y se extingue; se separa el bastidor: la primera tela está carbonizada y agrietada por el centro; la segunda apenas si ha sufrido alteración; en el escenario queda aún combustible sin arder.

6.º Se repite el experimento anterior, sujetando el bastidor desde el principio; el resultado es idéntico, y el fuego se extingue más pronto.

* * *

Dos enseñanzas importantes parecen deducirse de estos experimentos, amén de haberse comprobado que el comportamiento de los materiales ignífugados es en el escenario lo mismo que fuera; una de esas enseñanzas se refiere al magnífico papel desempeñado por la abertura en el techo del escenario, que llevando

hacia sí todo el tiro, ha permitido suponer cuán benéfica sería la existencia de una semejante y suficiente chimenea en los casos de incendios; otra enseñanza es la posibilidad de utilizar como telón cortafuegos, de uso más rápido que el metálico, y que podría, si no sustituirle, al menos precederle, el formado por una tela por lo menos doble y bien ignífuga que cayera sin dejar rendijas laterales.

IV. Observación final

No debe terminar este informe sin que se haga referencia a una cuestión más, que esta ponencia hubo de plantearse y que forzosamente ha tenido que dejar sin resolver, en lo que se refiere a la duración de los efectos del ignífugado.

Parece lógico suponer que aquellos productos que en estado disuelto impregnan los tejidos sin producir en ellos más que un poco de aspereza y de mayor apresto deben presentarse mejor o soportar dobleces, arrollamientos, etc., en materiales flexibles, que no aquellos otros que, a modo de pinturas, sólo poseen una adherencia superficial, y en este sentido parece que debe durar más el efecto de los primeros que el de los segundos. Los materiales más compactos, como cuerdas o maderas, parece que deben prestarse a una preparación menos duradera; de todos modos, es ésta una cuestión que sólo una experiencia de largo tiempo podría resolver.

A falta de ésta, la más elemental prudencia parece aconsejar la repetición del ignífugado de tiempo en tiempo en aquellos materiales más expuestos a perderlo por cualquier causa, salvo prueba evidente en contrario que cualquier trozo de aquéllos pudiera suministrar.

Antonio LOPEZ FRANCO
Ingeniero de Caminos

Con pluma ajena

Historia de la construcción del Monasterio del Escorial

En los pocos ratos en que mis tareas diarias me dejan libre procuro dedicarme a la lectura de disciplinas completamente distintas de las que preciso para la realización de mis actividades habituales, considerando como descanso y regalo los ratos que a ellas puedo atender.

Son mis preferidas las Bellas Artes y la Historia, y no es la primera vez que he leído con fruición la muy interesante obra *Historia primitiva y exacta del Monasterio del Escorial*, escrita, en el siglo XVI, por el Padre fray José de Sigüenza, bibliotecario del Monasterio y primer historiador del tan discutido monarca Felipe II, objeto de las más rigurosas diatribas y de las más exageradas alabanzas, según fuese el autor del escrito que del mismo se ocupara; esta disconformidad, el ser todavía objeto de constantes controversias el período histórico de su vida, prueba lo trascendental de su reinado y lo recio de su personalidad.

Como digo, una vez más he leído esta obra, y su

lectura me ha inspirado observaciones que, aunque parezca anómalo, me han sugerido el deseo de que en la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS se transcriban algunos párrafos y fragmentos de ella, por estimar de actualidad, en cierto modo, pudiendo servir como elemento de estudio la organización y marcha de obra tan importante, especialmente en época en que los recursos técnicos eran tan escasos; pero en que, por el contrario, las dificultades que representan las organizaciones sociales que en la actualidad se han establecido no entorpecían la marcha de los trabajos, como ahora, sin que ello signifique, como podrá apreciar el curioso lector, que en aquel entonces no se presentaran algunos conflictos de orden público, basados en cuestiones sociales.

A continuación se irán copiando los párrafos que estimo más interesantes de aquel libro y que más relación puedan tener con los dos aspectos que de la citada construcción he de ocuparme; es decir, orga-

nización y técnica del trabajo y cuestiones sociales suscitadas y modo de resolverlas:

"No estaba toda esta área llena sino con altos y bajos, que, aunque la vista no hacía mucho exceso, cuando echaron los niveles no fué pequeña la diferencia. Comenzáronse luego a liacer hornos de cal y balsas, o, como ellos dicen, bascas a donde matarla. Vinieron peones y oficiales, canteros, albañiles, carpinteros; por juez, veedor y contador vino, como dije, Andrés de Almaguer, natural de Almorós, hombre de buen entendimiento y de verdad; por esto, y por haber sido el primer ministro de esta fábrica, le hizo el Rey mercedes, dióle privilegio de hidalgo y que pusiese en sus armas unas parrillas.

Vino como pagador Juan de Paz; el primer aparejador o maestro de cantería, Pedro de Tolosa, traído desde Guisandó por fray Juan de Colmenar. Tras éstos vinieron otros muchos oficiales menores, como sobrestantes y ministros de Justicia. Por obrero general, debajo de cuyo gobierno se había de ejecutar todo, vino o trájole Dios a fray Antonio de Villacastín, religioso corista, que es en esta Orden un estado medio entre sacerdotes y hermanos legos; profeso de la Silla de Toledo, tenía ya alguna noticia de su entereza y valor, aunque nunca se pudiera imaginar que en un hombre al parecer de todos basto, sin letras y de pocas palabras, se encerraran tantas virtudes juntas."

"Quiso también el prudentísimo Príncipe que se hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó a ellos de este socorro y abrigo, que a sí mismo de aposento. Alquilóse una casilla, la que pareció más a propósito para esto, donde se pusieron diez u once camas, y como fué creciendo el número de la gente se fué aumentando, hasta que después creció tanto, que vino tiempo que llegó a tener más de sesenta, donde eran tan bien servidos, que muchos sólo con el regalo y limpieza sanaban. Consideraba el santo Rey que ésta no era gente forzada ni pagana, no Gebuseos ajenos de la casa de Israel, como lo fueron muchos millares de hombres que trabajaron el antiguo templo de Salomón, sino cristianos, que aquí con el sudor de su rostro ganaban el sustento de sus vidas; los miraba como propios hermanos, no permitiendo que los importunos sobrestantes los sacasen de su paso, sino que fuese lo que ganaban más limosna que jornal, como en la verdad lo ha sido siempre, y aun es la causa de que la obra, como tan afecta a Dios, haya tenido tal fin."

"Cuando los antiguos, que sabían tanto y procedían en sus cosas con tanta consideración, fundaban sus colonias, hacían yunta para echar el surco por donde habían de ir los muros de la nueva ciudad que querían edificar. Esta yunta era de una vaca y un buey; a la parte dentro del muro que se señalaba iba la vaca, y el buey a la de fuera, como se ve ahora en muchas monedas y medallas antiguas, significando que de las paredes adentro toca a la hembra la guarda de la casa y de la hacienda y crianza y buenas costumbres de los hijos y criados, y de los muros afuera pertenece al varón la granjería, el trabajo, la labranza, la fuerza, la defensa y otras cosas de varones. Así le ha acontecido a esta nueva fundación y colonia santa del Monasterio de San Lorenzo, que, como la feliz yunta del católico Rey Don Felipe y de la religión de San Jerónimo, en lo de dentro, en costumbres santas, buen ejemplo, vida espiritual, letras multitud y buena crianza de hijos, ella se ha dado buena maña; y en lo de fuera, en grandeza, majestad, fortaleza, hermosura y perfección, hace raya entre lo mejor que conocemos por el fuerte amparo y brazo de su fundador, como lo iremos descubriendo desde este discurso adelante."

Puede apreciarse en lo transcrito las primeras medidas adoptadas para la organización del trabajo, buscando los elementos directivos más adecuados, pensando cuidadosamente en la salud de los obreros, apareciendo en su idea original el pensamiento de establecer un perfecto maridaje entre la Iglesia y la fuerza de la realeza, como base de prosperidad y seguro asiento en el desarrollo de la obra.

"Quería el Rey ver en sus días acabado este templo, lo deseaba grandemente; como la fábrica era tan grande, se ponía delante una largueza de tiempo que enfriaba el ánimo; se comenzó, como ya dije arriba, a elegir la planta y a poner

el coco o primera hilada de cuatro pilares, en que estriba toda la máquina, con sus correspondencias; se labraba de suerte que todo iba por cuenta del Rey; digo que no la tenían a su cargo estajeros ningunos, sino dos maestros o aparejadores, que se llamaban Tolosa y Escalante; a éstos daba el Rey cierto salario, y ellos daban los modelos para sacar la piedra, recibían los sacadores de ella y los que la labraban y asentaban: eran el todo del negocio. Se probó esta manera de proceder más de un año y se vió cuán poco lucía la obra; y sin duda si de esta suerte se procediera, no estuviera hoy hecho el medio del templo, porque, llegando a apretar a los maestros qué tanto podían levantarse cada año, respondieron que sería harto echar cada año una hilada en contorno de la iglesia; decían la verdad, y aun prometían mucho. Desmayaba esto grandemente al fundador, porque vió un eterno gasto de tiempo y de dinero sin fruto, y aun alguna vez desconfiaba de ello. Al obrero fray Antonio de Villacastín también le descontentaba mucho este modo de proceder, y veía claramente que era cosa sin fin. Le preguntó un día el Rey, por medio del Conde de Chinchón el viejo, su parecer, y que dijese qué orden se tendría en edificar con brevedad aquel templo. Le dió el siervo de Dios, con la gran claridad de su juicio, en el blanco y en el punto, y respondió con dos solas y formales palabras, diciendo: "Si S. M. quiere ver hecha presto esta iglesia, traiga muchos cabos." Y no dijo más. Le entendió luego el Conde, porque era muy agudo, le asió del brazo y le llevó así al Rey y le dijo: "Señor: Fray Antonio dice que acabará V. M. esta obra presto, si trae muchos maestros y estajeros que la tomen a su cargo." Le preguntó el Rey si lo sentía así. Respondió el siervo de Dios: "Sí, señor, porque cada uno hará presto la parte que le cupiere, y, tras esto, labrarán a porfía, no sólo en la presteza, sino en la bondad de la obra." Al Rey le satisfizo, de suerte que cobró ánimo y entendió que aquel parecer y consejo era como del cielo. Mandó que luego se ejecutase aquéllo.

Enviaron cédulas y mandatos por todo el reino para que viniesen maestros a tomar los destajos de esta fábrica; se juntaron Juan de Herrera, que era el trazador principal, que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo, hombre de gran ingenio, y que alcanzó mucho en matemáticas, y fray Antonio el obrero, que había dado en esta traza; repartieron la iglesia toda, con sus torres, en diez destajos, bien proporcionados para que igualmente, y sin confusión y sin agravio de más o menos pérdida o ganancia, se repartiesen entre los maestros que viniesen.

Llegaron a esta casa el día de Año Nuevo sesenta maestros de cantería, de las ciudades y pueblos de estos reinos; informándose de las partes de cada uno, se esogieron, de ellos y de los que acá estaban, veinte para la fábrica de la iglesia, los más prácticos y experimentados; se repartieron los diez destajos, de dos en dos con compañeros, para que, si muriese, faltase el un maestro, quedase otro. A los que no les cupo parte de esta repartición les mandó S. M. dar dos ducados cada día desde el que salieron desde sus casas hasta que volvieron a ellas, a razón de ocho leguas de jornada. A los que quedaron con la obra les obligaron a que, por lo menos, trajesen por cada compañía cuarenta oficiales, y de ahí arriba los que quisieran, dándoles en el mes a cada partida doscientos ducados para los cuarenta, y en proporción a los que trajesen demás, y después se había de hacer tasación de la obra por cierta congregación de personas, que había señalada para todo lo que en esta fábrica se ofrecía. Preguntó un día el Rey a su arquitecto Juan de Herrera (quiere decir este particular porque se vea el gran juicio del obrero fray Antonio) qué le parecía que costaría esta fábrica. Y echando así un juicio (como dicen) a montón, y por no ser esto cosa propia de su arte, ni tener experiencia de las manos, respondió que, a su parecer, costaría millón y medio, y entendiendo que aun pensó decía poco. Al Rey le pareció mucho; le envió a preguntar esto mismo a fray Antonio de Villacastín, y, mirando atentamente los diez estajos y partidas, considerando la cantidad y las piezas, por la experiencia grande que tenía de atrás y conocer la piedra y entender la labor, halló que no llegaba a seiscientos mil ducados; le pareció poca esta suma, imaginó que se engañaba en el tanteo, porque lo hacía sin pluma, con sólo el discurso de su cabeza; estando enfermo en la cama tornó poco a poco a dar la vuelta por todo, y, aunque le parecía que en algunos particulares se alargaba, no pudo pasarlo de seiscientos mil ducados; quedó tan cierto de su resolución y de su juicio, que no dudó de certificarlo al Rey, que le dió mucho contento, no porque en el ánimo Real había alguna escaseza o porque le espantase la costa, sino por la murmuración de su reino, que tan indiscretamen-

te hablaba de esta fábrica; de lo uno y de lo otro diremos en otra parte más largo. La ventaja que en esto llevó fray Antonio a Juan de Herrera le llevó en lo que ahora dice Juan de Herrera a él.

Dió este arquitecto en una cosa muy ingeniosa, aguda y nueva, digo para estos siglos, porque, según el "Eclesiastes" o el sumador antiguo Salomón, ninguna cosa hay debajo del sol, ni cosa invente el ingenio humano, que ya otros no hayan dado en ella y se haya visto en el mundo; y aunque pienso, no con malas conjeturas, que lo que voy a decir de la manera de fabricar esta iglesia y labor de ello imito mucho a la del mismo Salomón, la traza e ingenio fué que la piedra toda se labrase en las canteras, de suerte que al pie de la obra, ni en el templo, apenas se oyese el golpe del pico ni martillo; y sin duda fué una cosa acertadísima, y que se ahorró en ella, osaré decir, tres partes del tiempo y, por consiguiente, del dinero (aun con igual diligencia y gente). Los maestros y los estajeros tuvieron esto por invención, traza no usada, nueva, y así por sospechosa embarazosa, y aun de más costa; replicaron sobre ello a la congregación, y aun al Rey, diciendo que las piedras se habían de labrar junto a donde se habían de asentar, y no en las canteras, porque había mucho peligro en desportillarse al cargarlas o descargarlas en los carros; que la gente laborante y los oficiales que las labraban estarían muy desacomodados en el invierno por el mucho frío y aires destemplados; en el verano, gran calor: cuando quisieren beber agua no tenían dónde; el adobo de las herramientas, picos y escodas, y sus astiles, cinceles y macetas, que se gastan a cada paso, no había donde aderezarlas; y al fin, estar los oficiales trabajando donde sus amos no los viesen, y ser forzoso estar allí con ellos y hacer falta acá, y otros muchos inconvenientes que se le representaban. Era de este parecer fray Antonio, por ser enemigo de trazas nuevas, y como nunca había visto usar esto no le asentaba, y podía mucho su autoridad con el Rey por la experiencia de muchos otros consejos y pareceres acertados. Juan de Herrera decía que en los romanos, y más atrás en los griegos, habían hecho sus fábricas, tan famosas y grandes, de esta suerte, y que la grosería y poco primor de España la había olvidado o no la había probado jamás; y así era cosa nueva para nosotros, mas en sí la mejor, más segura y más usada de los antiguos; y entre otros primores que en ella había, era uno que el asiento y junta de piedras y, por consiguiente, la firmeza de la obra sería excelentísima, especialmente no trayéndose las piedras de todo punto labradas, sino con un grueso de cordel menos; que no estuviesen escodadas, porque con esto no sería necesario poner entre piedra y piedra rajas, ni cuñas de madera o de piedra, para hacer venir bien la faz de fuera de la una con la otra; ni se perdería la labor de los cuatro lados o superficies de una piedra cuadrada, sino que, con sola una lechada de cal y un simple lecho de conjunción, se asentarían una piedra sobre otra macizamente, sin dejar huecos ni faltas en el asiento; y sería esto causa que se viniese a hacer la fábrica tan una y tan maciza, que pareciese de una pieza, y las juntas de fuera muy imperceptibles; y esta razón era la que ponderaba Juan de Herrera, diciendo que consistía en ella la perfección de la obra, y tenía razón, como se ha visto. Hubo al fin sobre esto muchas competencias, y tan fuertes estuvieron en sus opiniones, que S. M. asistió y quiso ser el juez y sobrestante en el caso: vió muchas veces ejecutar esta traza de Juan de Herrera; asentar las piedras en la iglesia; el pescarlas la grúa de encima de la carreta, sin descargarlas; el cargarlas en la cantera con un ingenio que llaman cabrilla, y, considerándolo bien todo, le pareció que se ahorrraba mucho y que se hacía con mayor perfección y presteza; sólo quedaba una dificultad, que era el escodar la iglesia después de acabada, y pulirla por la faz, quitándole aquel grueso de cordel en los paramentos llanos, porque todo lo que era cornisas o molduras se asentó labrado de todo punto, y se veía, por el efecto, ser cosa fácil y de ningún detenimiento. Al fin S. M. se resolvió a que las piedras viniesen medio labradas de la cantera y se siguiese la orden del arquitecto. Se aprovecharon estas dos trazas, de suerte que la fábrica, que por el camino ordinario que llevaban los maestros aparejadores Tolosa y Escalante durara más de veinte años, se acabó en menos de seis, con la perfección que ahora la vemos y gozamos."

Llama la atención en los párrafos copiados la indicación que hace relativa al modo de ejecutar el trabajo por administración o gestión directa, como ahora denominamos, y, también como ahora, parece se

llega al resultado de que para obras, podemos llamar oficiales, dicho sistema de trabajo no ofrecía rendimiento y con él no se obtenían resultados satisfactorios, lo que motivó el cambio de método por el de destajos o contratas parciales, previo un cierto concurso o selección de destajistas para determinar los diez a los que se encargaran los trabajos, abonándose una cierta indemnización a los no favorecidos en el mismo.

Se deduce también la observación de la discrepancia en la previsión de coste y dificultad de hacer presupuestos, como comprueba la realidad al diferenciarse tanto el coste efectivo del previsto o calculado, diferencias que siguen observándose en la actualidad.

Es muy interesante la aplicación del sistema, por lo menos, no conocido por el historiador, como empleado en otras obras, de que la labra de la sillería se hiciese en cantera, dadas las grandes ventajas que proporciona este sistema; aparece la resistencia de los maestros contra este sistema, lo mismo que hoy ocurre con todo cambio de postura con introducción de nuevos métodos, objeto siempre de dificultades y resistencias.

No debe dejarse sin anotar la observación de Juan de Herrera de considerar a España en aquella época como rutinaria y atrasada, siendo él evidentemente espíritu moderno y progresivo, permitiendo evitar el sistema por él recomendado la todavía defectuosa colocación que actualmente se observa en algunas obras de sillería con cuñas o ripios.

"Fué el consejo de fray Antonio tan acertado, y la traza de Juan de Herrera tan buena, que dentro de un año subió por igual la fábrica de la iglesia en el contorno treinta pies en alto, que es, al suelo del coro y claustro alto, segunda planta y elección de toda esta fábrica, con grande admiración de todos y notable contento de S. M., a quien el Duque de Alba dijo un día, viendo tan notable crecimiento: "Más tardarán, Señor, de hacerse los adornos de esta fábrica, que lo principal, y fué consideración de alto juicio, como lo tenía este gran Príncipe, y así fué como lo dijo. Ayudaban todos los ministros con mucha conformidad; el trazador, el aparejador, el obrero, los estajeros y sobrestantes estaban hermanados y concordados, que parecía cosa de milagro, porque no se oyó ni vió un encuentro, ni diferencia que fuere de momento, y cuando sucedió alguno, la prudencia grande y clara determinación de fray Antonio lo allanaba todo, ayudándole mucho a esto el veedor García de Brizuela, a quien también se debe mucho en esto, por su habilidad grande en el arte, prudencia y buen término de proceder en tanta variedad de cosas."

"Este año presente de 77, en que andaba la fábrica y labor más viva y bullía la cosa en su mayor diligencia, le acometió por otros caminos extraños, que fué amaravilla no se rompiese el hilo, con cualquiera de ellos, porque amenazaban grandes cosas, si Dios no pusiera su mano en cortarlas a los principios. La primera fué un motín de la mayor y mejor parte de los oficiales de esta obra, que eran los canteros. Sucedió que por cierto delito, no de mucha monta, el alcalde mayor de la villa del Escorial, que le nombra el prior del convento, prendió a unos vizcaínos canteros, y, según él dijo, no con intento de afrentarlos, sino de atemorizarlos, hizo buscar y traer unos asnos en que sacarlos a acostar; se extendió entre ellos y corrió la voz de unos a otros; como se precian tan de hidalgos, ellos y los montañeses se amotinaron, de suerte que estuvieron muchos toda la noche con sus espaldas haciendo vela y guardando la cárcel, porque los prendieron de parte de tarde, pretendiendo matar al alcalde mayor y alguaciles si las sacaban; a la mañana se habían ya conjurado todos, y sin quedar ninguno en las canteras donde trabajaban, vinieron al sitio con un tambor y una bandera, señalando su capitán, tocaron muy reciamente la campanilla con que llamaban a la obra, y en un punto cesó toda y cesaron de trabajar, y se juntaron todos con las armas que hallaron,

y fueron en forma de escuadrón a matar al alcalde mayor, quebrantar la cárcel y sacar los presos. Fray Antonio el obreiro, viendo el alboroto, envió allá a los estajeros y maestros, para que aquietasen a aquellos sus oficiales, y aunque les perdieron el respeto y les decían palabras muy descomedidas, sin querer desistir de su intento, sirvió de detenerlos y embazarlos con razones, para que luego y con presteza no ejecutasen su intento; entretanto, el alcalde mayor se puso en cobro y el prior le escribió, le mandó que le diese los presos, y lo hizo así, viendo la determinación de aquella gente colérica; mandó abrir la cárcel y sacar los presos como quisieron, haciendo sus protestas el alcalde mayor de la fuerza que le hacían. Con esto se les resfrió y mitigó la cólera y, con la misma facilidad que se amotinaron, dejaron las armas muy contentos, diciendo las palabras que suelen los que ellos llaman horricos. Cuando ya se les pasó el ímpetu echaron de ver el mal recado que habían hecho; se ausentaron de miedo algunos de ellos, que habían sido como las cabezas del motín; fué esto en una coyuntura, que aunque parecía negocio de poca importancia, pudiera, de un principio flaco, resultar un daño grande, como suele con una pequeña centella abrasarse un monte. Estaban en este reino los ánimos muy alterados, por la alcabala de diez uno, que entonces se introducia, y consideraban algunos que si esta gente acabara el hecho, y mataran la justicia de esta villa del Escorial, y se fueran con su bandera y tambor, se les juntara mucha gente popular de esta comarca, y pudiera crecer súbitamente alguna furia, que el menor daño que de ella resultara fuera la pérdida de esta fábrica, según estaba todo enconado; otros se reían de esto, porque tienen más firmes en este reino las raíces de la lealtad a los vasallos de sus Reyes, como lo vemos en tantas experiencias. Vino de allí a pocos días S. M. con la Reina, Princesa e Infantes, a tener aquí el verano; fray Antonio el obrero le pidió les perdonase a aquella gente, que no habían pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios; S. M. se rió y le respondió con su benignidad, mostrando en esto su gran prudencia, entendiendo cuán verdad era lo que el fraile decía, y si se hubiera de hacer caso de ello se habían de poner muchos en las galeras y aun en la horca; y así se aquietaron los canteros, que, como el desacato y el delito había sido grande, estaban mal seguros hasta este punto. Se entendió que al que alzó la bandera, y al que tañó la campana, y algún otro, los echaron a las galeras, castigo bien merecido.

"No sé si era más admirable y de más nueva y alegre vista la de esta casa, cuando se iba edificando, que ahora, cual la vemos, perfecta y acabada. Aquel bullicio y aquel ruido; aquella variedad de gentes y voces tan variadas; la diferencia de artes, oficios y ejercicios, envueltos todos en una prisa y diligencia extraña, y en aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque en la verdad admirablemente avenida y concertada, causaba como un pasmo y admiración a cuantos de nuevo lo veían y aun a los que despacio lo estaban considerando. Había en sola la iglesia veinte grúas de a dos ruedas, unas altas, otras bajas, y otras, sobre éstas, más altas, y sobre éstas tabladillos y andamios que subían al cielo; éstos daban voces a aquéllos; los de abajo llamaban a los altos; los del medio, a los unos y a los otros; de día, de noche, a la tarde, a la mañana, no se oía sino: guinda, amaina, vuelve, revuelve, torna, estira, para, tente, menca; bullía todo y crecía con aumento espantoso; parecía trabajaban no sólo para ganar de comer, como en otras obras, sino para dar remate y perfección a lo que tenían entre manos, en una amigable contención y porfía, pretendiendo cada uno ir el primero, y, junto con esto, ayudar al otro. Fuera de este número de grúas, que andaban en la iglesia y torres de ella, había otras en diversas partidas; a todas se proveía, con abundancia y con puntualidad, de los materiales necesarios, peonaje, carretería, piedra, cal, agua, madera. Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros que tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas, como andamios, grúas, etc., otros de puertas y ventanas, y otros, más primos y delgadas manos, para cajones, sillas y estantes, que cualquiera diría se estaba haciendo una ciudad sólo de madera; quien considerara las fraguas y el hierro que se gastaba y labraba, pensara que era para algún castillo o alcázar de puro hierro, y lo mismo afirmarían los que pesaran el plomo y otros metales, como bronce, estaño y cobre; por otra parte, la variedad y diferencia de los albañiles para lo que se gastaba de cal, yeso, estuco, azulejos, ladrillos y cosas de este menester era tan grande, que, si se derramara, ocupara gran parte de esta campiña; y sin duda que si esto o cualquiera cosa de las que he dicho

la amontonaran por sí en el contorno de la casa, admirara la grandeza de cada una, y se atreviera a afirmar ser bastante para fundar una ciudad entera. Entre estos maestros públicos, que hacían tan acordado bullicio, había otros más secretos y retirados, como eran muchos pintores, y de gran primor en el arte, que llamaban ellos valientes: unos hacían dibujos y cartones, y otros ejecutaban; unos labraban al óleo tableros y lienzos; otros, al fresco, las paredes y techos; otros al temple; otros iluminaban, otros estofaban y doraban, y otros muchos, porque los juntamos con éstos, escribían libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los encuadernaban.

Estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos, y aun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo, del agua, del sol y de la nieve, donde cobraban fuerzas con el vino. Por otra parte, se veían ingeniosas ruedas; traídas de agua con que se cortaban, aserraban y pulían jaspes y mármoles durísimos, con la fuerza de los esmeriles y sierras artificiosas.

La multitud de la carretería, carreteros y buyes era también de consideración, por la puntualidad con que acudían a sus horas concertadas, proveyendo a las grúas de todo cuanto necesitaban; se veían cada día traer piezas grandes, basas, cornisas, capiteles, pedestales, dinteles, jambas y otras piezas de tan descomunal grandeza, que no las meneaban menos que siete o nueve pares de buyes, y algunas doce, muchas veinte, y no pocas cuarenta; aquí era de ver mucho una procesión, o un rosario tan largo de estos buyes, ensartados tan iguales y tan parejos, y tirar todos a tan a punto de aquella pesada carga, que parecía entenderse para arrancar con ella, y, cuando esto no era muy a una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos o postreros.

En las canteras del jaspe, no lejos del Burgo de Osma, y junto a nuestra casa de San Jerónimo de Espejo, andaban sacando y labrando, españoles, italianos, lo que tocaba a jaspe de la fábrica, que, como veremos, es mucho; en Madrid se hacía la obra de la Custodia y Relicario, con parte del retablo, donde se juntaban muchos maestros y laborantes; allí, en Guadalupe y Cuenca, y otras partes que yo no sé, se hacían gran cantidad de rejas de hierro, sin lo que se labraba aquí; en Zaragoza se fundían las principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella.

En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en éstas de Las Navas, riberas del Genil, junto a Granada, y en las sierras de Aracena, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. Los pinares de Cuenca, Balsain de Segovia, Quegigal de Avila y de Las Navas estaban siempre sonando con los golpes de las hachas con que derribaban y labraban pinos altísimos, y con el ruido de los serradores, que los hacían trozos, tozas y tablas; en Florencia o en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros; en Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata; en Flandes, otros candeleros de bronce, grandes, medianos y menores y de extrañas hechuras, de donde también se trajo gran cantidad de lienzos de pintura al temple, para adornar las celdas."

De las páginas anteriormente copiadas también se puede deducir alguna enseñanza.

Es la primera la que, por lo visto igual que ahora, en todo edificio se va más de prisa en la construcción de sus elementos más importantes que en los detalles de decoración y terminación del mismo, quizá por el afán, tan humano, de alargar el plazo de duración para alejar la fecha de los despidos obreros.

Aparecen después conflictos sociales, que en su origen, causas y características coinciden en buena parte con muchos de los que modernamente se presentan, tomando por base la solidaridad, poco respeto a la autoridad y sin buscar en muchos casos mejores materiales ni provecho personal para los obreros; es decir, que, si no fuera por el largo tiempo transcurrido, se podría pensar si existía en aquel entonces el Sindicato de cantería del Escorial, que pretendía alcanzar sus deseos mediante la coacción y amenaza contra los llamados a guardar el orden.

También puede apreciarse que el modo de cómo el conflicto se arregló fué... accediendo a sus deseos,

aun a costa del principio de autoridad, y ello en tiempo en que el rigor en la aplicación de las leyes era extraordinario.

No se asegura en el relato si los cabecillas de aquel movimiento sufrieron mayor castigo, aunque algo parece observarse de ello.

Es interesante el resto de la referencia; por aparecer en ella reflejada la actividad de la obra y los múltiples orígenes de suministro de los diversos materiales empleados.

"El año de 1575, día de Santo Tomás de Aquino, se pusieron las primeras piedras de las basas de los cuatro principales pilares de la iglesia, y no se comenzó, como vimos, a toda furia la fábrica hasta el año siguiente, que se dieron los estajos; y desde aquél, que fué el de 76, hasta el de 79 creció tanto que, levantando ya el pie derecho de todas las paredes y pilares, puestas las impostas y echada la cornisa principal por todo el contorno de la iglesia, a la parte de dentro se comenzaron a poner cimbras y cerrar arcos; la primera cimbra que se puso fué el día del bienaventurado San Gregorio, Papa, llamado el Grande; y el día de San Isidro también, gran doctor de la Iglesia y de España, se cerró sobre ella el primer arco. Este mismo año, por diciembre, se pusieron y levantaron las jambas y el dintel de la puerta principal de toda esta fábrica; se cortaron trece o catorce piezas muy grandes de una peña blanca y de lindo grano, de que se sacaron estas jambas, que las traían treinta pares de bueyes en un carro fuerte, piezas las más de ellas de veinte y cuatro y aun veinte y cinco pies de largo; y aunque tiene esta puerta de claro veinte y cuatro pies en alto y doce de ancho, con todo esto parece pequeña por ser tan valiente la fachada de esta frontera y pórtico, que ya a esta sazón se iba levantando a toda furia. Mandaba S. M. que le avisasen de todo lo que se iba haciendo, y aun cuando se ofrecía cosa de poca importancia, le enviaban las trazas, los diseños y aun los modelos; así fué necesario, cuando se hubieron de hacer las sillas del coro, que le enviasen a la ciudad de Badajoz dos de la misma forma y grandeza, que habían de ser para que escogiese o mudase lo que le pareciese en algunos particulares, en adornos de ellas, como lo hizo, llevándoselas allá. Esto de los modelos es tan importante en la fábrica, que oso afirmar debérseles en esto el todo de salir tan acertada, sin remiendos ni tachas; y si algunas tiene, nacieron de haberse mudado los modelos y trazas, o no haberse hecho. Juan Bautista de Toledo, como hombre de alto juicio en la arquitectura, hizo modelo general de madera, aunque en forma harto pequeña, para toda la planta y montea; alteró aquéllo en muchas partes, como vimos en otro discurso, su discípulo Juan de Herrera, aunque sin daño, y aun, al parecer de muchos, con perfección de la fábrica. Al tiempo de ejecutar la traza de la iglesia, que trajo Pachote, también se alteraron algunas cosas y se hizo un modelo de madera en mucho mayor tamaño, como se ve ahora en estos desvanes guardado, y para otras cien cosas se han hecho otros muchos. La iglesia había crecido tanto, y en el año siguiente del 81, que ya estaban cerrando la cúpula del cimborrio, y por dentro tan llena de madera, de andamios, grúas, cimbras, tablados y vigas tan gruesas y tan espesas, que ponía admiración, y era de ver la trabazón y la fuerza de tanto maderamiento; todo era menester para la seguridad de tan grande máquina y peso, y con tanta prisa ejecutada. En 23 de junio del año 82 se remató todo el cuerpo de la fábrica de la iglesia y se puso la cruz en la aguja del cimborrio; víspera de San Juan Bautista, a las seis de la tarde, se hizo una procesión muy solemne, cantando el *Te-Deum* en hacimiento de gracias."

Se refiere en los renglones anteriores la activa marcha de los trabajos, y es preciso reconocer que, gracias a haberse reconcentrado en la obra seguramente los mejores maestros que en España existían y todos los medios auxiliares disponibles, la rapidez del trabajo era extraordinaria, a pesar de las cons-

tantes intervenciones de Felipe II, que, por lo visto, era amigo de mezclarse en todo y conocer cuanto se hacía; se construyeron, según dice, maquetas o modelos de la construcción, lo que evitó rectificaciones, siempre costosas y entretenidas.

"Al principio hizo la fábrica algún sentimiento en algunas partes, aun antes que se echase la cornisa del derredor en la parte de dentro: pensaron que fuera mayor el daño; y como no nacía de los fundamentos, ni de la trabazón y unidad del cuerpo, ni aun de la prisa que corría el edificio, sino del descuido de algunos maestros estajeros, que no miraban la igualdad del grano de la piedra y ablandaba la que no era tan fina, o cargaba de más cal en lo de dentro, o asentaba sobre falso, arrojaba la carga en las piedras de fuera, y, no pudiendo sufrirla, se quebrantaban y partían. Se entendió luego de donde nacía la falta y se remedió, y así quedó cual se ve; después mostraremos más despacio su mucha entereza."

"Como lo principal y más dificultoso de esta fábrica era la cantería, vamos siempre haciendo la cuenta por ella. Puesta la aguja y la cruz del cimborrio de este templo, nos parecía que estaba acabado esto, aunque en la verdad faltaba mucho, como lo iremos mostrando en este discurso y en otros. Al mismo paso con que creció y se vió el remate felicísimo de la cúpula principal, fueron creciendo las dos torres que tiene en el frontispicio este templo, que también se rematan con sus cimborrios y agujas de piedra, bolas y cruces de la misma forma, que, aunque no tan grandes como la principal, son mucho, del mismo metal campanil, y en verdad se fundieron todas de una misma suerte, como dos medias campanas, de figura de medio limón cada parte, algo prolongadas."

"Se iba también en este tiempo retundiendo la iglesia y quitándola aquel grueso de cordel que dijimos traían por desbastar las piedras para que hiciesen más firmes asientos sobre los lechos, y para que la fábrica fuese más una y de más delgadas y finas juntas, y quedase como quedó; de tal suerte, que no pareciese todo el templo hecho de diversas piezas, sino que se había acabado dentro de una peña, por la grande uniformidad de color, grano y junta de sus piedras; y aunque esto, como dije, pareció al principio que había de ser cosa difícil y de costa, no hubo ni uno ni otro, sino gran facilidad. Los tejados y maderamientos de ellos, de fuertes trabazones y tijeras, y los empizarrados, también estaban acabados en todo lo que hemos dicho, que era obra por sí harto grande, de estima, primor y costa."

"Había mucho miedo para quitar las cimbras, andamios, grúas y todo el maderamiento de la iglesia; mirando así a bulto, espantaba; parecía una cosa grande, intrincada, difícil, peligrosa; no se atrevía nadie a entrar en ello; pedían, los que podían hacerlo, mucho por desembarazarlo; hizo esto mucho ruido, y se encareció demasiado. El obrero fray Antonio, a quien había Dios dado claridad para salir de estas oscuridades, lo hizo quitar con harta facilidad, sin peligro, presto y a poca costa, pues es cierto que no costó sino cuatrocientos ducados escasos, y se pedía mucho más con gran exceso; y quedó la madera tan sana, que sirvió después para otros menesteres. Apareció luego, en quitando tanta multitud de vigas, maderos y tablas, día de San Matías del año 1584, un templo clarísimo, que alegró el alma con su grandeza, proporción, hermosura; desengañó a muchos ignorantes en arquitectura, que afirmaban había de ser un poco oscuro; se comenzó luego a retundir, afinar y limpiarse."

Es curiosa la indicación referente a los asientos y deficiencias observadas en la obra, demostración de que en toda época, y a pesar de la gran vigilancia y constante inspección, se falta por algunos elementos a su deber.

Merece mención la referencia, al final del trabajo, en la que se señalan las operaciones de quitar todas las cimbras, andamios y aparejos, resultando todo ello a un precio evidentemente ínfimo, lo que se explica por la no existencia de leyes sociales, Jurados mixtos, etc., que tanto encarecen estos trabajos.